

## EL CLUB DEL OLVIDO

Por Emilio Gómez Milán (Cuento nº 13, Septiembre 2001)

Sin duda alguna me gustaba el barman. Era un auténtico profesional. En el calor de la noche preparaba unos cockteles deliciosos, cremosos, achampañados, con nombres pasionales como Carmen o Rusia Negra, acompañados siempre de su pajita curvada y su sombrillita, junto a un platito con gominolas de colores. Era una impresión verlo hacer. Poca cosa de hombre, calvito, con un bigotillo, parecía Charlot en una de sus películas mudas, pero con fresquita blanca. Con esa velocidad ridícula se movía. Hiperactivo e incapaz de permanecer quieto, como una mosca. Al mismo tiempo servía, preparaba, charlaba y daba órdenes a sus camareros. Presumía de mantener contacto por radio, no por internet, con todas las Bodeguitas del Medio del mundo, la principal la de la Habana, pero había varias en las canarias, en Lanzarote, en el pueblo de Teguise, en Santa Cruz de la Palma. Su barecito se llamaba sin embargo "la Bodeguita de al Lado". Me gustan los profesionales. Cuando un abogado es profesional lo admiro. Conocí una vez a uno, de la familia de los Barcelona, que siempre te daba un caramelito al recibirte y al despedirte, y entrambos te escuchaba atentamente, sabía actuar, me recordaba a un detective de las viejas películas. Cuando un profesor es profesional es toda una experiencia, con su discurso abre las puertas de otros mundos y crea fascinación por el conocimiento. Las letras de Joaquín Sabina, los gestos de un buen carpintero cuando acaricia la madera. Que sé yo. El caso es que Chicho, el barman, es auténtico, hace bien su trabajo y le gusta. Tal vez se lleve mal con su mujer o sea un capullo en su vida privada, no lo creo, pero eso no importa.

Un verdadero profesional. Supongo que por eso lo engañe. ¿Envidia?,

¿admiración?, aún no me lo explico, pero me fui sin pagar, y lo hice como un profesional, con mano lenta. Me senté con un amigo en su terracita, disfrutamos de la noche de verano, tomamos un par de cockteles, el mío con chocolate, naranja y brandy, y le dije a mi acompañante que iba a pagar. Me dirigí al interior de la bodeguita, fui al baño, ni miré al mostrador. Salí, me senté de nuevo, le dije: "respira la noche, aguardamos un minuto sino te importa". Miramos al cielo y luego dije "¿nos vamos?". Y nos fuimos, sin prisas, con cara de personas decentes, de haber pagado la copa. Esta es mi teoría, si tú te sientes inocente nadie te pilla. Si no quieres que te vean te haces invisible, te mueves lento. Mi amigo desde luego lo era.

Sin embargo yo no era un profesional del pequeño hurto, más bien era un tipo sencillo, que trabajaba de portero en un hospital. Hacía bien mi trabajo. Leía mucho, cuidaba del personal. Los buenos días para todos eran cosa mía. En ocasiones organizaba los desayunos. Los desayunos de Marcos. Marcos soy yo. Desayunos tipo alemán, con pan negro, zumos naturales, cereales, fruta y yoghurt natural o de fresa. Opíparos. Después ya ni almorzaban. Les traía magdalenas de mi pueblo y charlaba con ellos de las cosas de aquí y allá, suyas y mías. Con esta pequeña y gran aspiración: ser feliz y hacer felices a quienes me rodean, en la medida de mis posibilidades. Sobre todo con mi mojito, siempre preparaba un par de ollas en todas las fiestas, con mucha hierbabuena cultivada por mí y con los limones de mi limonero.

Ahora sin embargo recuerdo mi pequeña estafa a Chicho y a mis principios. No sé por qué me fui sin pagar. En mi vida de guarda no tenía sentido, tal vez como travesura, en realidad no me sentí mal por ello, pero ahora veo que fue una premonición, un cruce de caminos.

Ahora ya no pienso igual, será el resentimiento o el miedo a confiar, creo que todo es locura. La soledad te vuelve loco. La cabeza no está preparada para vivir sin afecto y sin charla, se te mete en bucles cerrados y te vuelves huraño y cobarde. La vida en pareja es un dislate, hombres y mujeres aman de modo distinto, piden lo que no dan, cambian amor por sexo, y todo ocurre en un mar de emociones que no se encuentran, de incomprensiones intolerantes, de egoísmos y empatías, de miedos a no ser hombre, a ser abandonadas, de controles resentidos. Es la guerra de sexos. El grupo de amigos, de compañeros de trabajo, elimina a la persona y en él mandan los prejuicios hacia el exterior, con nosotros o contra nosotros. La sociedad está más loca aún, es la arena del engaño, hace tiempo que vendió el alma de los hombres para convertirlos en consumidores autómatas. El poder que se disfraza de amor, el poder que se esconde tras el sexo y las relaciones sociales, la mala educación, la corrupción, la trampa, el egocentrismo y el triunfo estúpido. La guerra de todos contra todos. Los intereses siempre contrapuestos. El sueño no sirve para escapar, es locura también, una alucinación caótica, un ruido de la mente que te absorbe. Ahora sólo puedo verlo todo así. Será la depresión.

Dicen los médicos que el depresivo es objetivo y el optimista un tontorrón. Yo supongo que preferí ser un tontorrón hasta que me quedé sin nada.

Llevo seis meses durmiendo. He tenido varios ataques de pánico. Miedo a la soledad supongo. Sé que nadie te da nada cuando lo necesitas, sobre todo amor. Yo lo perdí todo en un solo día. Así que el pánico me hizo correr, días y noches. No quería pararme. Pararme era aceptar que todo era verdad. Corrí y corrí, días y noches, me dolieron los pies, se me agarrotaron los músculos, pasé frío, hambre, sangré y me desmayé. Ojalá hubiese muerto. Han pasado seis meses. Siento una

sensación de ingravidez, de estar atrapado en una jaula invisible donde el tiempo no transcurre, donde no hay futuro y el presente es un aburrimiento inmisericorde. He pasado seis meses en el sofá. He detenido el mundo, la tierra ya no gira. He sido incapaz de llorar. Es lo que más me ha dolido. Pero hoy, aún no sé la razón, me he levantado. He soltado un bufido poderoso y con el un caño negro de sangre por la nariz. Debe ser mi corazón roto. Debo estar muerto y no lo sé. Quisiera llorar pero no me sale. Estoy cansado, he tomado una determinación: ni una depresión más.

Como no tengo nada que hacer me he ido a correr despacito y me he apuntado a un gimnasio, para obligarme a hacer algo. Mientras siento ira e impotencia. Nada se puede hacer. Nada merece la pena. Siempre se puede hacer algo, pero no merece la pena. He tenido insomnio, mucho insomnio. La cura de sueño es una mierda. He sido un naufrago nocturno, de ilusión en pesadilla, en el océano de los sueños. La verdad y la mentira, el pasado y el futuro todo revuelto. He decidido como naufrago buscar una isla, buscar una nueva vida, buscar el olvido. Lo vi en un escaparate de una agencia: Islas afortunadas. Sí en ellas buscaré un destino, mi fortuna. En las últimas vacaciones en las Canarias engañé a Chicho. Así que el engaño me llama.

El avión se hundió en el denso mar de nubes, como una gaviota al pescar. Me adentraba en un mundo subterráneo, escondido, ajeno al exterior. ¿Iba o venía del infierno?. Sentí vértigo. El avión tembló. La pequeña Isla de La Palma, la isla bonita. Necesito y temo a la belleza. Del pequeño aeropuerto llegué a mi apartamento, en la urbanización Los Rosales. Sentí miedo al bajar del avión. Miedo al entrar en el apartamento vacío. ¡Cuantos antes que yo lo llenaron con sus voces! Pero ya no están, ni ellos ni sus vacaciones salvo en fotografías. Allí estaba yo,

siempre en la dirección contraria, en temporada baja. Me fui a comer. La comida no me entraba, pero me pedí pescado asado con papas arrugas y mojo verde. Apenas lo probé.

He encontrado trabajo. Primero intenté ser dependiente en una tienda de ropa para gorditas lindas de la capital, pero no me admitieron, buscaban chicas. Al final encontré en un hotel uno que no es muy diferente al mío anterior, mi CV los convenció. Soy el cuidador de un grupo de hombres con problemas. Este gran Hotel ofrece de todo: gimnasio, fisioterapia, veladas nocturnas de baile y ayuda psicológica. Los alemanes ricos están obsesionados con el paraíso de calor y con la enfermedad. Exigen sus médicos en todas partes. Así que el hotel ofrece ayuda médica y psicológica. El tipo que se inventó esta asociación tenía mucho sentido del humor: Amnésicos Anónimos (A.A.). Anónimos a la fuerza, no se acuerdan que son miembros de la asociación. Pero sus familiares sí. Este es mi trabajo: recogerlos uno por uno en sus hoteles, traerlos al centro para que tengan sus reuniones, cierta vida social y de cuando en cuando pasear con ellos. Tres alemanes, un inglés y un argentino, de entre 25 y 50 años, todos hombres. Los he rebautizado con el nombre el Club del Olvido. Cada día con ellos es nuevo. Todas nuestras reuniones empiezan con las presentaciones. Jamás se acuerdan unos de otros, ni de mí. Perfecto para mí, pensé. No quiero que me conozca nadie. Cuando estoy libre y me los tropiezo por la calle no tengo que saludarlos. Nadie se acuerda de mí. No me llaman ni me invitan a una cerveza. Solos yo y mi dolor. Sea o no profesional nadie agradecerá mi trabajo.

Me conozco bien la pequeña isla, no tiene más de 70 kilómetros de largo y treintaitantos de ancho. Con mi moto de 250 c/c la paseo a gran velocidad, es

alquilada. A veces voy a tomar un cocktail a la bodeguita de al lado. Otras me baño en las piscinas naturales de la Fajana, formadas en la línea de costa por muros de lava. Juego a esquivar las grandes olas que asaltan el viejo paseo marítimo de Santa Cruz de la Palma, junto a las casas típicas canarias, con sus balcones al mar. Me rebozo en la arena negra de la playa de los Cancajos. Cruzo la isla soñando con los piratas que la asaltaron y los indígenas que lucharon contra su vegetación densa, su atmósfera húmeda y sus montañas abruptas e inaccesibles, cubiertas de pino canario. Me hago rutas por la Caldera del taburiente. Practico el senderismo, la espeleología, que es bajar a un infierno frío y fascinante de hermoso y el submarinismo, que es como volar en el cielo. Tomo cachapas y arepas en la cruz de terceros, al atardecer. He aprendido a hacer mus de gofio. Colecciono la artesanía Indígena. Adorna mi apartamento. Me baño en pelotas en calas perdidas. Visito los viejos faros. La gente aquí confía en la gente. Es fácil engañar. Eso pienso. Nunca piden el DNI, entras en cualquier hotel y te bañas en su piscina. Robo algún plátano de las inmensas plataneras. Me gusta el aire cubano y colonial de la isla. Sus negros y sus indígenas. Me gusta la cerveza Dorada y la de gofio. Me encanta el pan de ajo para desayunar. Leer el diario de avisos. Me gusta mirar hacia el horizonte marino, los días claros, desde Fuencaliente, donde veo al padre Teide, o es la madre Teide, al fin y al cabo es una gran teta, y las islas de Hierro y la Gomera. Me gusta mirar al cielo, protegido por el mar de nubes, que algunas mañanas es una gran ola de algodón que lame la cresta de las montañas inundando la isla al caer por la pendiente. Me gusta ver al cielo caer sobre mi.

Algunas mañanas desayuno en un Backeria alemana. La lleva una mujer alemana rubia de unos 45 años, es atractiva. Me sonrío cada mañana. Es curioso

pero trata a los turistas españoles con mayor atención que a sus compatriotas alemanes y a los extranjeros en general. Al revés que en Málaga, por ejemplo. Me gusta su tarta de queso con arándanos. Me gusta ver su pupila dilatada al sonreírme. No volveré más, no quiero conocer a nadie ni que nadie me conozca.

El trabajo es divertido. Los amnésicos son graciosos y fáciles de distraer. Entre las presentaciones diarias y el puzzle se pasa la mañana. Como no se acuerdan cada mañana hacen el mismo puzzle: el del techo de la Capilla Sixtina que representa la creación de la humanidad, el dedo de Dios dando vida al barro del hombre. Me encanta practicar el engaño. El engaño que me lleve al olvido. A los amnésicos les gusta inventar. Rellenan con bellas historias las lagunas de su memoria. Mientras dura la conversación, salvo que algo los distraiga, disfrutan del presente, de la charla y se establece una buena camaradería. Es suficiente con distraerlos para tener que explicarles quienes son, dónde están y empezar con las presentaciones. Aburrido y divertido.

Voy al gimnasio del hotel, los llevo a ellos también para que se muevan un poco. Entre el sudor y la atmósfera de túnel, presumen de musculatura los adolescentes, surge alguna hembra de movimientos felinos, otras interesantes. Se trata de un gimnasio nudista. Algún viejecillo respira pesadamente, chicas gorditas ríen mientras levantan pesas diminutas. Todos hacemos los movimientos repetitivos desnudos: sube y baja el bíceps, sube y baja el muslo, pedaleas monótonamente en la bicicleta, observas el triángulo oscuro de la chica mientras hace abdominales, o abre y cierra sus piernas para trabajar la cara interior de sus muslos, como en una copula con el hombre invisible. Entra un chico negro en el gimnasio, viste ropa deportiva ajustada, de color rojo, parece un corredor profesional de los 100 metros,

se desnuda delante de todos, y todas las miradas lo siguen, masculinas y femeninas, descaradas y simuladas. Con una agilidad felina se pone a hacer abdominales, estirándose como si fuese un elástico. Indiferente a todos, centrado en sus ejercicios, ha cerrado la boca de los adolescentes presumidos, que ahora en lugar de fuertes y sexuales se ven paticortos y brazilargos, deformes. Yo me he sentido un blanco cualquiera. Me hace gracia. Dios es negro y yo agnóstico.

Los he llevado a robar por la capital. A mis amnésicos. Somos una banda de delincuentes. Claro que ellos no lo saben. Entramos en una tienda, le doy a cada uno un objeto bonito, luego los distraigo o les hago saber que ya está pagado y salen con toda la inocencia del mundo con el objeto de la tienda, o se los meto en sus mochilas. Nunca nos han pillado. La inconsciencia les protege. La lentitud más bien. Son los mejores cómplices, nunca me delatarán. Debería ir pensando en dar un buen golpe en lugar de los pequeños hurtos. Todos hemos nacido para ser engañados. Para vivir engaños. Con las mujeres es mejor mentir que ser sincero. Todo es una repetición, una puesta en escena.

Al volver a casa por el paseo de la costa, vi a la chica alemana de los desayunos, dar de comer a los lagartos canarios. Sí, a esos centenares de lagartijas que anidan en los muros y toman el sol entre los cactus y las negras rocas de lava. Al echarles trozos de mortadela o salchichas crudas aparecen a montones, como palomas o gorriones. Desconfiados primero, confiados después. Se persiguen y corretean a una velocidad irreal por el trozo de mortadela, y lo más asombrosos comen de la mano. Me acerqué a ella. Charlamos y me ofreció darles mortadela. Al principio no me atrevía a darles de comer de la mano. Uno de cabeza azulada de dragón enano me mordió la yema del dedo. Reímos. Pasamos la tarde. Nos



fotografiaron los turistas. Me prometí no volver a verla, pero no cumplí mi promesa. Así que inicie la repetición de la vida, la puesta en escena de la seducción. No soy muy diferente a mis amnésicos para los que todo es repetición, el puzzle, las presentaciones, pero esa repetición les produce placer, ya que son inconscientes de ella. Pero una vez que lo sabes, ya no puedes creer ni en tus actos.

A mis amnésicos les cuento mentiras y a veces les cuento la verdad. Para ellos esta distinción no existe, se ríen con ambas. Jugamos a desempeñar roles. A veces uno de ellos es un maestro y nos da una pequeña clase de geología. Tal vez fue profesor de geología o tal vez no. Sólo su expediente clínico lo sabe. A veces les cuento que son amnésicos y se ríen mucho, y les hablo del club del Olvido y de nuestros atracos. No se lo creen. Tampoco saben su edad, guardan su imagen adolescente, de cuando ocurrió el accidente. Así que los confronto con el espejo y lloran al verse con un cuerpo viejo y una mente detenida en su juventud. Tras mi crueldad les doy la vuelta y se olvidan de la causa de su llanto y vuelven a vivir felices en su inconsciencia. Nos fumamos porros. O no hacemos nada. Les grito y los llamo hijoputas. ¿Importa?. Les pregunto ¿por qué estamos aquí? y me dan las más variadas respuestas: es el instituto, para dar una vuelta, no lo sé, somos un grupo de trabajadores, vamos de viaje... Cada día es una mentira distinta. Sois dioses les digo, no tenéis pasado ni futuro, asentados en la eternidad del instante que no cesa.

A Heidi, no es coña, así se llama la alemana de los desayunos, le enseñé mi pequeña isla en mi moto de 250 c/c. A veces vamos a tomar un cocktail a la bodeguita de al lado. Otras nos bañamos en las piscinas naturales de la Fajana, formadas en la línea de costa por muros de lava. Jugamos a esquivar las grandes

olas que asaltan el viejo paseo marítimo de Santa Cruz de la Palma, junto a las casas típicas canarias, con sus balcones al mar. Nos rebozamos en la arena negra de la playa de los Cancajos. Cruzamos la isla soñando con los piratas que la asaltaron y los indígenas que lucharon contra su vegetación densa, su atmósfera húmeda y sus montañas abruptas e inaccesibles, cubiertas de pino canario. Nos hacemos rutas por la Caldera del Taburiente. Practicamos el senderismo, la espeleología, que es bajar a un infierno frío y fascinante de hermoso y el submarinismo, que es como volar en el cielo. Tomamos cachapas y arepas en la cruz de terceros, al atardecer. La he enseñado a hacer mus de gofio. Le he regalado artesanía Indígena. Adorna su apartamento. Nos bañamos en pelotas en calas perdidas, donde la amé cuando sentada en la orilla una ola la sorprendió y se levantó como pudo con cara de niña chica asustada y gritando mi nombre. Visitamos los viejos faros. La gente aquí confía en la gente. Es fácil engañar. Le digo. Nunca piden el DNI, entras en cualquier hotel y te bañas en su piscina. Robamos algún plátano de las inmensas plataneras. Nos gusta el aire cubano y colonial de la isla. Sus negros y sus indígenas. Nos gusta la cerveza Dorada y la de gofio. Nos encanta el pan de ajo para desayunar. Leer el diario de avisos juntos. La llevé al gimnasio para ver con indiferencia como reaccionaba ante la polla del negro: con indiferencia aparente. Nos gusta mirar hacia el horizonte marino, los días claros, desde Fuencaliente, donde vemos al padre Teide, o es la madre Teide, al fin y al cabo es una gran teta, y las islas de Hierro y la Gomera. Le cuento que me gusta mirar al cielo, protegido por el mar de nubes, que algunas mañanas es una gran ola de algodón que lame la cresta de las montañas inundando la isla al caer por la pendiente. Le cuento que me gusta ver al cielo caer sobre mí. Me llueven sus besos.

En definitiva, repetí con ella todo lo que antes había hecho solo. Algo me pareció fantasmal y mecánico. ¿Cuál es la vez verdadera?. ¿Dónde está el principio de las cosas? ¿Qué sentí en ambas ocasiones? ¿Cuántas veces antes habría repetido estas rutas? ¿Soy uno de mis amnésicos?. Engañado por el cuidador, que me hace creer que soy el cuidador.

Decidí no verla más. Entonces ella me buscó. Trató de averiguar las causas de mi frialdad. Le conté una historia inventada. Yo tenía un gato, pero lo abrazaba como si fuera un perro o un mono. El gato me odiaba. Así que se lo regalé a un tío mío que tenía un huerto pequeño. El sueño de un pequeño burgués, con una casita blanca rústica, piscina y un jardín con melocotoneros y manzanos. El gato era de ciudad, criado en un pequeño apartamento con terraza, de donde se cayó una vez. Jamas había visto otros gatos. En el campo lo paso mal. Los gatos salvajes lo apaleaban, no entendía sus reglas sociales de dominación y sumisión. Un día fui a verle, y estaba algo triste. Le lleve comida, lo lleve al veterinario y lo abandoné allí, en el precioso huerto, en el paraíso infernal, a pesar de que vino detrás mía como un perrito dándome lastimosos aullidos de perrito faldero. Yo me iba a mudar de casa y de ciudad fue mi excusa. El gato murió. Me siento culpable. Ella me consoló y me abrazó y me dijo que no debía ser tan duro conmigo mismo, que no pasaba nada. Entonces le dije: te he mentado. Se quedó perpleja y a la expectativa, pendiente de mis palabras, con su boca abierta y sus ojos dilatados, dispuestos para llorar o reír. Volví a mentirle. ¿Y si en lugar de un gato hubiese sido una persona a quién abandoné a su mala suerte?. ¿Me perdonarías? ¿Podrías amarme?. Me dijo que no importaba que me amaba de igual modo. Volví a la carga, dispuesto a hacer tanto daño como pudiese supongo. A hacerlo bien, a ser un hijoputa.

¿Sabes este mismo cuento se lo conté a una antigua novia?. Pero a ella le cambié el orden, primero le dije que abandoné a una persona y luego que la persona era un gato. Ella me dejó, no me creyó. Creo que era la verdad. Me sentía igual de culpable por mi gatito. Pero tú me perdonas con sólo cambiar el orden. Aprendí esta técnica en mis tiempos de vendedor callejero, si un posible comprador te hace un pequeño favor, como poner tu publicidad en su ventana del coche, luego te traga lo que le metas, le vendes la moto. Ella lloraba. Se fue. ¿Sabes? Dije despacito mientras se alejaba y probablemente no me oía ya: Ignoro si era un gato o una persona. Ignoro incluso si soy el gato o el dueño. Heidi se fue de mi vida. Al tiempo le conté una historia a mis amnésicos. Una historia más. Para hacerlos sufrir o reír, bajar a los cielos o trepar a los infiernos. Falsa o verdadera:

"Todos desaparecieron el mismo día. Yo era un hombre seguro de mí mismo. Fue una casualidad aterradora, increíble, absurda, pero ocurrió. El mismo día, mi hijo pequeño me pidió permiso para ir de excursión. Su madre se negó. ¿Y si le pasa algo?. Los niños deben conocer el mundo y no ser miedicas le dije. Él quiere ir, no hay que sobreprotegerlo. Si le pasa algo lo enterramos dije yo en broma. Pero a la mañana siguiente lo enterramos. Me gustaba jugar con mi hijo, besarlo, pasear, hacerle cosquillas, verlo descubrir el mundo, verlo feliz. Con él se fue mi mujer, pero no por él, el mismo día sí, pero antes de saber nada de su muerte. Me dijo que hacía tiempo que no me quería. En realidad ya nunca se ilusionaba por mis notitas de amor en el espejo, y yo siempre deseaba besarla pero no sentía sus ganas de abrazarme. Me hacía sentir un mendigo de amor. Ensuciaba mi generosidad. Me sentía solo junto a ella. A la que yo amaba como el primer día. Se fue con un enfermero del hospital. Mi amigo JC, geólogo, mi amigo y confidente, se perdió ese

mismo día en la sierra, no pudimos localizarlo por su móvil sin cobertura, hallaron su cadáver en un barranco. Todo lo que me importaba desapareció el mismo día, de maneras paralelas e independientes, pero eligieron el mismo instante del tiempo para precipitar mi vida en un agujero. Mi perro se perdió también ese día. Salió a dar su paseo y ya no volvió. Preguntar por qué es de imbéciles. Pensar en una casualidad negra. Es inútil pensar que no es culpa mía, ¿no he sido yo?. Sólo somos emociones, ese es nuestro barro. Yo los amaba a todos. Ahora, lo único que me gusta hacer es venir aquí y dar de comer a los lagartos. Me pregunto si yo enseñe a Heidi a dar de comer a los lagartos o ella a mí. Repetir ese acto, alimentar a los pequeños dragones del infierno helado, del paraíso desierto, hasta la eternidad. Me hace sentir bien esta repetición dulce de melancolía que me convierte en un tipo cualquiera, en un blanco cualquiera.